

como el alma se ha separado del cuerpo, ya no há lugar el merecimiento; pasó el tiempo precioso de obrar la salvacion; ya no puede conmutar su pena, ni terminarla, ni disminuirla, ni suspenderla; la víctima está atada: preciso es que reciba el golpe y en el sitio señalado por la mano del sacrificador.

¿No gemís, católicos, á vista de tan amarga desgracia? ¿Es posible que no os intereseis en favor de esos infelices? ¿Permanecereis impassibles cuando la religion os llama en su auxilio? ¿Teneis en vuestras manos la llave que puede franquearles las puertas del cielo, y permitís que permanezcan cerradas? ¿Qué inhumanidad! ¿Venid despues á decirme que teneis caridad! ¿Dónde están las obras que la comprueban? Inútilmente repetireis mil veces en momentos de pasajero fervor, que estais prontos á sacrificar vuestra vida misma en obsequio de vuestros hermanos. ¿Qué crédito podremos dar á vuestras palabras, cuando os vemos tan indiferentes respecto de unas almas cuya suerte es la mas precaria y lamentable; cuando ni aun sufrir quereis por ellas la menor mortificacion; cuando se os hace molesto pasar un cuarto de hora en oracion en su obsequio al pié de los altares; cuando jamas supisteis sacrificar en alivio suyo una pequeña parte de ese dinero que tan fácilmente prodigais en gastos superfluos? ¿Daríais por ellas vuestra vida! Daríaisla tal vez por un ídolo vergonzoso que os encanta, por un punto de honor que os alucina; empero por vuestros hermanos que gimen en los fuegos del purgatorio, ni un solo instante de ella consagraréis, aun cuando sin cesar suene á vuestros oídos la voz de la religion y del deber. Ah! Se vierten en abundancia lágrimas inútiles sobre la tumba de un padre, de un hermano ó de un amigo... No condenamos estas demostraciones que la naturaleza misma excita en corazones sensibles; pero diremos con san Gerónimo: « cristianos! suspended vuestro llanto, y rociad las cenizas de vuestros difuntos con abundantes limosnas; comprad con ellas las lágrimas de la viuda y del huérfano, lágrimas preciosas que, cayendo sobre las brasas del purgatorio, mitigan su actividad y las hacen perder todo su rigor. » Y tanto mas debemos hacerlo así, cuanto que nuestros sufragios por las almas de los difuntos, no solo glorifican á Dios y libran á nuestros prójimos de sus penas, sí que tambien nos ayudan á nosotros mismos á conseguir nuestra eterna salvacion.

En efecto, católicos, haciendo bien por las almas del purgatorio, os preparais un asilo contra la cólera de Dios y contra el mayor de los peligros, cual es el de vuestra reprobacion; os procurais una fortuna no así como quiera inconstante y perecedera, sino estable, permanente, cierta, una perfecta felicidad. Vuestra piedad os da una especie de autoridad y ascendiente sobre aquellos á quienes habeis socorrido, que no puede ménos de seros sumamente favorable. Como en otro tiempo José prisionero en las cárceles de Egipto hizo valer los servicios hechos al copero de Faraon, para que este se acordase de él en el tiempo de su prosperidad, vosotros podréis hacer valer los que hicieris en obsequio de las benditas ánimas y decirlas: Dentro de algun tiempo saldréis de esas moradas tenebrosas en que os detiene la justicia de Dios; iréis á gozar de las delicias del cielo y seréis unos mediadores poderosos ante el acatamiento del rey de los siglos. No os olvidéis pues de mí en el tiempo de vuestra felicidad; acordaos de un amigo que tomó parte en vuestras desgracias, y decid al Señor alguna palabra en mi favor. ¿Y pensais que pueda haber ingratitud ni olvido en esas almas justas? No, ellas hablarán, no lo dudeis, ellas se interesarán por vosotros, ellas presentarán sus votos ante el trono de la misericordia y de la gracia, y no tardaréis en experimentar el resultado de vuestros servicios.

Yo me figuro, católicos, ver una muchedumbre numerosa de ilustres cautivos, que libres de los hierros que les oprimieran en el purgatorio, se elevan hácia aquella bienaventurada mansion en donde el Dios del amor les tiende sus brazos y les franquea su divino seno. ¿Cuál será en aquel momento su reconocimiento hácia los que con sus sufragios les ayudaron á salir de su prision! ¿Con qué placer recordarán al Señor las lágrimas que por ellos derramasteis, las mortificaciones que practicasteis, las limosnas, los ayunos, los sacrificios que por ellas ofrecisteis! ¿Con qué celo emplearán por vosotros todo su valimiento para con el justo remunerador! ¿Cómo aprovecharán los instantes favorables para obteneros los auxilios eficaces de que necesitais para sosteneros en la justicia durante vuestra peregrinacion! Católicos! aun cuando fueseis insensibles al dulce placer de hacer la felicidad de vuestros hermanos, ¿lo seréis tambien á vuestro propio interes? ¿podreis mirar con indiferen-

cia un negocio de que podeis reportar frutos tan preciosos de santificación y de vida?

Suponed que en una empresa de gran momento se os ofreciese la influencia de un protector poderoso y acreditado, ¿rehusaríais una oferta tan ventajosa? ¿No la aceptaríais desde luego sin titubear un instante? Es indudable. Y sin embargo ¿quién son esos protectores? Unos hombres demasiado ocupados de sí mismos y muy poco de sus semejantes; hombres á quienes el capricho eleva y el mismo capricho destruye; hombres que hoy dan la ley y mañana arrastran entre el polvo; hombres que deben morir, y muriendo arrastrarán en pos de sí á aquellos á quienes sirvieron de apoyo. Tal es el curso de las cosas humanas. Aquellas soberbias columnas que sostenian un vasto edificio, caen por tierra y con ellas el edificio mismo se convierte en ruinas; aquellos copudos árboles que todo lo cubrian con su sombra, son arrancados por el impetuoso huracan y todo lo dejan expuesto á los ardientes calores del mediodía. Vos lo permitis así, oh rey de reyes, para que los hombres aprendan á conocer la nada de las cosas de acá abajo, y á poner en vos solo toda su confianza. Pues bien, ¿quereis, hermanos míos, un brazo poderoso que os sostenga, un apoyo firme é inalterable? ¿Quereis tener un sinnúmero de mediadores que ofrezcan sin cesar ante Dios en favor vuestro unas plegarias cuyo efecto no puede ser incierto? No vacieis un instante; acudid al socorro de esas almas escogidas y amadas de Dios; sacadlas de aquellos hornos vengadores; toda la utilidad que ellas reporten de vuestros servicios se refundirá en vosotros; no lo dudeis, este es el medio mas eficaz de aseguraros un porvenir dichoso. ¿Podria el cielo cerrar sus puertas á los que á tantos otros se las han abierto? ¿Se os negaria la entrada en un reino en donde resuenan vuestras alabanzas, y que está lleno de vuestros beneficios? ¡Oh cristianos! En el momento de vuestra muerte, cuando os veais acometidos de las convulsiones de la agonía, ¡cuántos justos ofrecerán al Señor por vosotros sus ardientes votos y sus fervorosas oraciones! Paréceme verlos que, precipitándose en torno del Cordero inmaculado, le ruegan, le instan, le importunan, y no cesan de suplicar hasta haberos obtenido el don de la perseverancia, y obtenida, os traen la buena nueva de vuestra justificación. Y cuando hayais exhala-

do el último aliento, ¡con qué alegría os saldrán al encuentro para conducirlos en triunfo á la patria celestial! ¡Y cuál será vuestro regocijo al pisar sus umbrales acompañados de aquella numerosa turba de amigos, á quienes ántes introdujisteis con vuestros sufragios y oraciones! Entónces será cuando experimentaréis la recompensa centuplicada de los servicios que hicieréis á las benditas ánimas; mas si, por el contrario, ahora que podeis aliviar sus penas os hicieréis insensibles y no usáreis con ellas de misericordia, sin misericordia seréis juzgados; Dios permitirá que quedeis abandonados á toda la severidad de su justa venganza, sin que haya ni uno solo que se interese por vuestra suerte.

Reanimemos pues, católicos, nuestra piedad hácia los difuntos. Considerémonos en la tierra como los mediadores entre dos mundos, como encargados de subir en espíritu al cielo, para de allí sacar socorros y llevarlos hasta el centro de la tierra. Estemos convencidos de que la devocion á las almas del purgatorio, enseñada en la Escritura, fundada en la religion é inspirada por la caridad, es el comercio mas respetable y santo que une entre sí á los miembros de la iglesia, poniendo á los que combaten en la tierra en contacto con los que padecen en el purgatorio, y á estos con los que triunfan en el cielo. Inferid al mismo tiempo de todo lo dicho, cristianos virtuosos, cómo debeis juzgar acerca de tantos defectos que cotidianamente cometeis, de esas alegrías inmoderadas, de esas conexiones tal vez peligrosas, de esos caprichos y veleidades, y sobre todo de esas animosidades que alimentais sin escrúpulo, de esos discursos con que vulnerais la caridad, de ese orgullo con que fomentais la enemistad... Vosotros calificais tal vez estos defectos de minuciosidades de ninguna entidad; los reiterais sin temor... Ah! hermanos míos, lanzad una mirada hácia el purgatorio, y ved si son de despreciar unas faltas que excitan la venganza de un Dios hasta el punto de castigarlas con unos suplicios tan severos. Y si tal es el destino del justo, ¿cuál será el vuestro, pecadores, que osais violar abiertamente la ley y os lanzais sin escrúpulo á cometer las mayores abominaciones? Si una palabra ociosa atrae tan terribles castigos, ¿cómo serán castigados vuestros enormes crímenes? Me extremezco al considerar los tormentos que se os preparan. Al ménos en el purgatorio reina la dulce esperanza de ver á Dios; pero en el infierno no po-

dréis tener este consuelo, porque vuestro padecer nunca tendrá término, jamas veréis el cielo miéntras exista Dios.

Prevenamos pues, amados oyentes, esta desgracia. A vista de esas prisiones subterráneas que la fe nos muestra en el purgatorio, concibamos á la vez una tierna compasion hácia nuestros hermanos que en él yacen para aliviarlos, y un justo rigor para con nosotros mismos, á fin de expiar nuestros desarreglos y merecer la recompensa de los justos. No nos desentendamos de la voz de la religion, que al tiempo mismo que nos exhorta á interceder por los miembros de Jesucristo que padecen en el fuego encendido por su clemencia, nos pone á la vista aquel otro fuego que arde sin consumirse, porque está sostenido con el soplo de su eterna cólera, para que no seamos sus víctimas. Derramemos lágrimas y oraciones por nuestros hermanos que murieron en el Señor; ofrezcamos sacrificios expiatorios, aflicciones voluntarias, y en especial la sangre del Cordero sin tacha que borra los pecados del mundo; pues que haciéndolo así, glorificamos á Dios, aliviarnos las penas de nuestros prójimos y nos granjeamos méritos eficaces para obtener la salud eterna.

Y vos, Salvador clemente y misericordioso, escuchad hoy benignamente nuestras plegarias en favor de vuestras esposas, á quienes haceis experimentar los tormentos de vuestro amor. Vuestras son, á vos pertenecen, y solo esperan el momento de verse libres de sus prisiones para volar á vuestro seno. Acelerad pues ese instante dichoso que ha de poner término á sus lágrimas, y dar principio á una serie continuada de goces sin fin. Interesaos tambien por ellas, oh vos, Madre de la clemencia y de la gracia, ofreded en expiacion de sus penas una de aquellas lágrimas de precio imponderable que un dia derramasteis al pié del duro leño dó fué crucificado vuestro divino Hijo. Ofredle uno de aquellos suspiros que exhalasteis junto á su sepulcro. Ofredle en fin las amarguras que en abundante cáliz apurasteis en los dias de vuestra inconsolable soledad. Decid á Jesus que alivie los padecimientos de las benditas almas del purgatorio, y seréis escuchada. Á vuestra voz se romperán sus hierros, se apagarán sus llamas, se abrirán las puertas del cielo, y volando al seno de Dios, descansarán en él por los siglos de los siglos.

## SERMON

### DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

*Etenim Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum.*

Porque el Señor dará su benignidad; y nuestra tierra producirá su fruto.

*Salmo 84. v. 13.*

Señores:

La Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, esposa del Cordero immaculado, plantada á costa de su preciosa sangre, y dirigida siempre por su divino Espíritu, ha padecido desde su origen las mas duras persecuciones. Pero el Señor, que desde luego la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, y que las puertas ó potestades del infierno jamas prevalecerán contra ella, usando de su benignidad, y en cumplimiento de su divina palabra, ha suscitado en ella en todos tiempos ministros celosos de su honor y gloria, que la instruyan en su doctrina, que la defiendan de sus enemigos, impugnando sus errores con celo y pecho apostólico hasta agonizar por la verdad y por la justicia en caso necesario.

Como el Redentor del mundo jamas ha perdido de vista la salud de su rebaño, ha proveído siempre á las necesidades de su Iglesia, dotándola de ministros capaces de sostenerla en las mas crueles persecuciones y deshechas borrascas. En los siglos primitivos suscitó en su defensa á los Policarpas, Ignacios, Justinianos, Ireneos, Aristides, Arnobios y Cuadratos contra los gnósticos ó iluminados, contra los erinitas y marcionistas, contra Manes y sus secuaces. Contra Arrio y su gavilla envió á san Atanasio, san Eusebio Vercelense, al Nazianzeno, á san